

Lección 5

JOSUÉ Y LA ENTRADA Y POSESIÓN COMO OBSEQUIO DIVINO DE LA TIERRA PROMETIDA

En esta lección retomaremos el desarrollo de los inicios de la historia de la nación de Israel una vez que Moisés murió en vísperas de entrar a Canaán, la tierra que Dios había prometido a los patriarcas de Israel. Muchos de los detalles iniciales de esta historia se desenvuelven alrededor de Josué, el que llegó a ser el sucesor de Moisés en el liderazgo de los israelitas. Esta lección tiene como propósito conocer más de cerca a este varón, y también lo que Dios hizo mediante las instrucciones que fue dando mientras los israelitas entraban y se diseminaban por toda la tierra prometida. Dejemos que sea el mismo Moisés quien presente a Josué y describa su vida y los eventos tan significativos que tomaron lugar en la vida nacional israelita en el tiempo y bajo la dirección de Josué.

Moisés: Les presento a Josué, mi sucesor. Él fue a quien Dios escogió para encabezar tan grande empresa como lo fue la entrada, y lo que incorrectamente se conoce como conquista de la tierra de Canaán porque más bien fue la posesión como obsequio divino de la tierra cananita. Primero quiero llamar la atención a su nombre. Pero, mejor preguntémosle directamente a él. . . ¡Josué! ... ¿qué significa tu nombre?

Josué: Mi nombre tiene su raíz en el verbo *salvar* en hebreo. Literalmente significa “el Señor salva” o “es salvación.” Otro nombre bíblico sin duda más difundido que también está estrechamente vinculado con el verbo salvar es *Jesús*. Siglos más tarde de mi existencia, el nombre Jesús fue aplicado al Hijo de Dios... Aquellos que conocen un poco más el contenido y mensaje de los libros del Nuevo Testamento, ¿recuerdan lo que el ángel anunció antes del nacimiento de Jesús, de que “él salvaría a su pueblo?” (Mateo 1.21). Pero déjenme decirles que *Josué* no fue el nombre con el que mi familia me conoció. Yo recibí el nombre de Josué cuando me relacioné, en mi calidad de dirigente israelita, contigo, Moisés.

Moisés: Mmm... Me parece que esto debe sonarles interesante a nuestros oyentes. ¿Por qué no les cuentas a todos brevemente cuál era tu nombre de familia? porque sospecho que casi todo el mundo parece conocerte únicamente con el nombre de Josué.

Josué: Muy bien, porque de paso compartiré un poco más de mi trasfondo familiar. Cuando tú, Moisés, aún te encontrabas dirigiendo a los israelitas por el desierto después del éxodo de Egipto, una ocasión recibiste de Dios una clara instrucción de lo que deberías hacer antes de entrar a la tierra prometida. La orden divina consistió en que seleccionaras a 12 hombres, cada uno representando a una de las 12 tribus de Israel, para que salieran de entre el pueblo y sirvieran como un equipo de exploradores e informantes sobre las condiciones de la tierra y sus moradores. Pues bien, yo fui el seleccionado por la parte de Efraín, mi tribu. En mi círculo familiar y dentro de mi tribu todos me conocían con el nombre de *Oseas* (Números 13.8). Por cierto, el nombre Oseas es también muy conocido en la Biblia porque hubo un profeta con este nombre. Incluso hay un libro en la Biblia con este nombre. Pero nadie debe formarse la idea de que existió un parentesco entre el profeta y yo. Fuimos solamente tocayos que compartieron el mismo nombre, pero vivimos en tiempos muy distintos. Mi padre se llamó Nun (Números 13.8).

Repito, tanto él como yo pertenecemos a la tribu de Efraín (1 Crónicas 7.27). Cuando aquel equipo de 12 exploradores fue formado, tú, Moisés, me empezaste a llamar con el nombre de Josué (Números 13.16)

Moisés: Me acuerdo de esto muy bien. Pero también me parece que ésta es la oportunidad de mencionar a nuestros oyentes cómo fue que te convertiste en mi brazo derecho después que falleció mi hermano Aarón.

Josué: Es tu turno, entonces, informar de estas cosas.

Moisés: La ocasión cuando Dios me reveló que no pasaría con el pueblo a la tierra prometida, me mostró a la distancia la tierra de Canaán. Yo entonces le pedí que pusiera a un varón que sirviera como pastor para que su pueblo, una vez que yo faltara, no se quedase como ovejas extraviadas. Dios me oyó y por amor a su pueblo me instruyó a que te escogiera a ti, Josué, para desempeñar el oficio de ser mi ayudante mientras yo viviera (Éxodo 24.13; 33.11; Deuteronomio 1.38), y mi sucesor al morir. Es digno mencionar que durante la previa exploración de la tierra cananita, tú junto con Caleb, fueron los únicos entre aquellos doce exploradores enviados que mostraron un valor y liderazgo formidables. Ustedes aquella vez defendieron el plan de Dios, y además fueron los que sobrevivieron esa experiencia. Dios entonces fue quien te concedió este privilegio de servir a su pueblo en esta época histórica (Deuteronomio 31.23). Y también fue Dios quien nos instruyó a proceder con una ceremonia, ante todo el pueblo, de reconocimiento de tu nuevo oficio con la participación del sacerdote de aquel tiempo, Eleazar. Aquel oficio fue toda una ceremonia de consagración e instalación (Números 27.12-23). Todo el pueblo de Israel entendió claramente que tú serías el único sucesor mío (Deuteronomio 31.7-8, 14; 34.9). Nadie cuestionó esto después de mi muerte. Ni tú tampoco cuestionaste el mandato de Dios.

Josué: Ni en aquel momento antes de que tú murieras ni después. En realidad, todo sucedió tan rápido que, si no recuerdo mal, no hubo tiempo para dudar de mi liderazgo ni de parte del pueblo ni de parte mía. Al contrario, lo único que recibí fueron confirmaciones de todo lo que se realizó antes y después de tu muerte. Pasados los días de duelo, Dios mismo se encargó de confirmarme todo a nivel personal y también ante el pueblo con sus claras instrucciones (8.2).

Moisés: Yo reconozco que los planes de Dios son siempre los mejores. Y aún más, yo estoy convencido de que tú, Josué, te diste perfecta cuenta de esto.

Josué: Indudablemente así fue. Pero quiero aprovechar aquí la oportunidad de compartir con nuestros oyentes algo de lo que viví cuando supe que habías muerto.

Moisés: Me imagino que esos han de haber sido días muy tristes y amargos. Pero adelante, comparte algo de tus sentimientos de aquellos días.

Josué: Vaya que si fueron días tristes, no solamente para todo el pueblo, sino especialmente para mí, porque de la noche a la mañana me encontré con la gran responsabilidad de dirigir una empresa colosal. A pesar de que supe con anticipación que eso pasaría, sin embargo, llegado el momento me encontré desanimado al faltarme tu presencia y tu dirección. Admito que me hundí en mi pesar cuando ni siquiera pude saber dónde quedaste enterrado. Pero en medio de mi pesar,

Dios me dirigió su Palabra. Sus palabras iniciales fueron la confirmación de tu muerte (Josué 1.2). Pero inmediatamente después me confirmó en la empresa de dirigir a su pueblo en la entrada a la tierra prometida. Sus palabras estuvieron llenas de ánimo, y mostraban una esperanza para los días por venir. Así que yo me alenté por su Palabra. ¡Y dime tú si no lo debía estar! Él me dijo hasta los límites de la tierra que habría de tomar y en la cual viviría su pueblo. Para nosotros, los israelitas, que no estábamos acostumbrados a tener nuestra propia casa, una extensión territorial como aquella que nos dio el Señor se nos antojó inicialmente muy grande. Pero confiando en su Palabra, me sometí a cumplir con mi cometido. Debo decir que cuando Dios me hablo directamente, yo recibí de él palabras de aliento que han pasado a ser una de las más citadas y conocidas en toda la Biblia.

Moisés: Pero Josué, considero que debes de referir esas palabras tan singulares. ¡Anda, no demores más en compartirlas!

Josué: Las palabras que Dios me dirigió fueron éstas: *Nadie podrá hacerte frente en todos los días de tu vida: como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente... no temas ni desmayes porque Jehová tu Dios estará contigo dondequiera que vayas* (1.5-9). Considero que estas palabras pueden levantar el ánimo a cualquiera que confía en Dios. De hecho, esto ha pasado en muchos creyentes. Recuerden que yo me encontraba pensando que mi futuro era incierto. No sabía qué hacer. Pero después de escuchar que Dios estaría conmigo, que nadie me vencería, mi situación cambió radicalmente. De lo más bajo en mi ánimo subí hasta lo más alto pensando, ¿quién podría hacerme daño teniendo a Dios en mi equipo, por así decirlo? Era como estar en el equipo vencedor.

Moisés: Yo sé de lo que hablas porque viví situaciones similares, y Dios siempre me ayudó aún cuando yo pensaba que todo estaba perdido. Pero, volviendo a ti, Josué, ¿qué hiciste después de escuchar las palabras de Dios?

Josué: Inmediatamente ordené al pueblo a que se preparara para iniciar la entrada a la tierra que estaba por delante. Había muchos preparativos por hacer para los muchos detalles de la vida cotidiana, y especialmente en un pueblo que se aprestaba para iniciar a una vida sedentaria después de no vivir en un lugar fijo durante 40 años. ¡Hay muchos detalles mundanos en esta vida!

Moisés: ¿Cuáles fueron los planes concretos para entrar en la tierra prometida?

Josué: Para contestar esta pregunta es necesario indicar que la entrada a la tierra prometida sólo fue una cosa. Le siguió la conquista de Canaán, como se llamó aquella tierra. Esa conquista llevó años hacerla. En realidad, se puede decir que la conquista de la tierra de Canaán se hizo por etapas. Dentro de estas etapas, en más de una ocasión, Dios me reveló su estrategia. Yo solo me concreté a obedecerla. Pero fue también necesario que nosotros aplicáramos, en ocasiones, el sentido común. Teníamos que avanzar con mucha cautela. Nosotros, quiero decir el pueblo israelita, nos encontrábamos al principio en el lado Este del río Jordán. La primera gran ciudad que se encontraba en el lado oriental del Jordán aproximadamente a 5 millas u 8 kilómetros fue la famosísima ciudad de Jericó. Como nadie de nosotros conocía la ciudad ni sus moradores, mandé a dos exploradores a espiar detenidamente la administración y defensa de Jericó. En aquel

entonces toda ciudad grande se encontraba rodeada de altos muros que servían para la defensa. Algunas ciudades estaban muy preparadas para resistir prolongados asaltos o sitios contra ellas. Nosotros necesitábamos averiguar lo máximo sobre Jericó para poder conquistarla, porque sólo tomando Jericó podríamos seguir avanzando dentro del territorio que Dios nos había descrito que sería la extensión de nuestro país. La toma de Jericó era crucial para iniciar el establecimiento fijo de la nación israelita en Canaán.

Moisés: De manera que tú empezaste a vivir momentos verdaderamente intensos. Ahora que ya sabemos que ha pasado todo eso, es importante enfatizar que el contenido de tu libro en la Biblia es narrar la forma en que la tierra de Canaán fue ganada para el pueblo israelita. Dios estaba cumpliendo su Palabra, ¿verdad?

Josué: Definitivamente. También es necesario apuntar que antes de la entrada a Canaán básicamente sólo existía un pueblo que estuvo formado por 12 tribus. Continuando con lo que decía antes, el pueblo necesitaba tener representación como nación dentro de un territorio. En este contexto hay que comprender lo que Jericó representaba para adentrarse a Canaán. En la toma de Jericó estuvo en juego la formación concreta de una nación dentro de un territorio.

Moisés: Ciertamente. Pero ¿qué les pasó a tus espías que se infiltraron en Jericó?

Josué: Voy a dejar que nuestros escuchas lean este detalle por sí mismos. Lo que más bien quiero dejar manifiesto aquí es una cosa que revela esta historia. Me refiero al hecho de que la dama que albergó y amparó a nuestros exploradores consignó que la mayoría de los cananitas habían oído de los grandes prodigios que Dios había hecho a favor de los israelitas. No dejó lugar a dudas que los cananitas se encontraban atemorizados ante la posibilidad de enfrentarse al Dios de los israelitas más que a ellos como su pueblo. En otras palabras, Rahab testificó del gran poder de Dios. Además dejó entrever que los dirigentes de Jericó se encontraban muy atentos para discernir cualquier vestigio de amenaza contra la seguridad de la ciudad. Sin duda habían extremado precauciones. Esto claramente se distingue en el relato por la inmediata atención que prestaron a mis exploradores. Los dirigentes de Jericó se percataron que su presencia en la ciudad representaba alto peligro para ella. Esto constituyó sin duda una rebeldía ante la voluntad de Dios, y sin duda contribuyó a que Dios los castigara por medio de nuestra conquista de su ciudad. Otra vez, Rahab comprendió muy bien todo lo que estaba en juego. Por eso, Dios también la libró a ella y a los suyos cuando así lo solicitó. Ella dio gloria a Dios al arriesgar su vida por proteger a los espías (2.9-24).

Moisés: Ciertamente Rahab es considerada una gran mujer de fe. Incluso por eso la Biblia no se avergüenza en registrarla como parte de la genealogía de Jesucristo, el Salvador del mundo. Pasando a otro tema, me gustaría que te expresaras sobre aquel momento tan espectacular cuando llegó por primera vez el pueblo a la tierra prometida, es decir, cuando atravesaron el río Jordán.

Josué: Tienes razón. Además, creo que tú estás interesado porque seguramente muchas veces deseaste contemplar aquel momento, quizás hasta lo soñaste en innumerables ocasiones. Sí, aquel evento fue inolvidable y muy ceremonioso. Después de haber terminado con los preparativos para entrar finalmente a Canaán, llegó el día y la hora en que el pueblo se colocó a

la orilla del Jordán. Por un lado pude ver muchas caras alegres entre todo tipo de personas, pero por otro lado también había posiblemente un vestigio de tristeza porque todos habían tenido seres queridos que se habían muerto sin jamás haber visto la tierra prometida, sin un hogar fijo. Entre la mezcla de sentimientos que abundaba en todos, llegó el momento de cruzar el Jordán. De acuerdo a las instrucciones de Dios, el arca del pacto llevada por los sacerdotes serviría como la vanguardia. Así, ese fue el primer contingente que se adentró a las aguas del Jordán y permaneció allí todo el tiempo que tardó en pasar el pueblo por la franja seca que se produjo como milagro. Al final, doce hombres, cada uno representando a una de las doce tribus, levantó por orden de Dios una piedra de entre el Jordán y la cargó consigo hasta el lugar donde acamparon aquella noche. Yo por mi parte también levanté doce piedras del mismo lugar en que se apoyaron los pies de los sacerdotes que llevaron el arca. Ese fue un momento inolvidable. Más tarde en Gilgal se vivió otra ceremonia inolvidable donde Dios recibió toda la gloria.

Moisés: ¿Nos puedes decir en este momento qué pensaba la gente en cuanto a los mandamientos de Dios?

Josué: A la gente se le había dejado en claro que su parte en el pacto con Dios era obedecerle. Y una manera muy específica de obedecerle consistía en cumplir los mandamientos o la Ley de Dios que él ya había revelado cuando tú, Moisés, vivías. Dios les demandó esto, y el pueblo aceptó su parte en el pacto. Yo me dediqué continuamente a advertirles que no se apartaran de Jehová y que no se negaran a obedecer su voluntad ya expresada por medio de la Ley. Yo mismo hice eco de esto en mi propia vida. En este sentido traté de imitar las enseñanzas que tú, Moisés, me habías dado con tu comportamiento cotidiano, y en más de una ocasión leí y aclaré la Ley ante todo el pueblo (8.30-35). Ya llegados a Gilgal en Canaán Dios me ordenó ejecutar la circuncisión entre todos los varones que habían nacido en el desierto y que no la habían recibido. Esto era una especie de confirmación de que Dios deseaba que su pueblo cumpliera su voluntad de tenerle a él como su único Dios.

Moisés: Una manera en que se describe enfáticamente la tierra prometida es aquella que menciona que es una “tierra donde fluye leche y miel.” ¿Es verdad que los israelitas se encontraron con este tipo de tierra estando ya en Canaán?

Josué: Esta expresión en realidad es una metáfora o una expresión de sentido figurado. Literalmente no existe una tierra en este mundo donde “escurra leche y miel” por todos lados. Esta expresión básicamente se usa en la Biblia para describir un lugar o una tierra que Dios utilizará como medio para hacer llegar sus bendiciones para sustentar la vida. Es decir, las bendiciones de Dios también consisten en colocar a su gente en un lugar geográfico que es generoso para producir con cierta abundancia “los frutos de la tierra.” Canaán fue descrito así por Dios ante los patriarcas. Ahora, cuando los israelitas finalmente entraron en Canaán, Dios siguió usando esa tierra para producir frutos y sustentar así, con cierta facilidad, a su pueblo en aquella época. Como consecuencia de que el pueblo de Israel empezó a disfrutar de la abundancia de la tierra, casi inmediatamente después de adentrarse en Canaán, Dios dejó de suplirlos con el maná que los sustentó durante tantos años en el desierto (5.10-12).

Moisés: Después que Dios les entregó Jericó a los israelitas, las otras ciudades ¿resultaron también fáciles de tomar?

Josué: Sí y no. Jericó fue una muestra de lo que Dios estaba dispuesto a hacer por su pueblo. Hubo un mensaje dado a todas las otras ciudades y pueblos que Dios no sólo entregaría a su pueblo su territorio, sino que él mismo participaría comandando directamente a mí las estrategias a seguir. No, porque a pesar de que Dios claramente había hecho grandes cosas, la posesión de la tierra fue lenta, y como dije antes, por etapas. Hubo campañas hacia el Norte y hacia el Sur en distintos momentos.

Moisés: ¿Quieres decir que estuviste exento de enfrentar problemas en todos esos años de guerrear?

Josué: No. La cosa no fue tan fácil. Hubo momentos en que parecía que jamás venceríamos. Pero debo aclarar que esos momentos no se debieron a que Dios se hubiera olvidado de su pueblo. Dios jamás tiene la culpa. La realidad es que hubo momentos en que la gente acusó marcadamente los efectos de la rebeldía contra Dios heredada desde la caída de Adán y Eva cuando pecaron o mintieron sin que yo me hubiese dado cuenta al principio. Como consecuencia, Dios presionó al pueblo hasta que el culpable, o culpables, fueron castigados (7.1-16). Ya calmada la ira de Dios se procedió a continuar recibiendo el territorio que Dios entregaba a los israelitas.

Moisés: Una de las cosas a la que hacen referencia como una especie de escándalo para cierta gente que lee tu libro es la observación de que la toma del territorio de Canaán por parte de Dios fue violenta y genocida, aniquiladora de los pueblos. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Josué: Sí, así se puede deducir si se lee con ligereza únicamente. Pero yo veo en todo esto la gracia de Dios, la cual puede ser oscura en entender con la mente humana. Por ejemplo, la gracia de Dios también se manifestó con aquellos pueblos que le reconocieron como Dios y estuvieron dispuestos a someterse a él en obediencia a su voluntad. Los gabaonitas (Cap.9), los gesureos y los maacateos (13.13) son un claro ejemplo de que no todo fue genocidio de parte de Dios y su pueblo frente a los cananitas. Ciertamente también se ve claramente la lección de lo que le espera a la gente que se obstina en rebelarse contra Dios. Todos los pueblos fueron testigos del propósito de Dios para su pueblo escogido. Ese propósito seguía el cumplimiento de una promesa hecha siglos antes. También seguía un pacto que Dios fielmente mantuvo. Él era siempre el Dios y protector de Israel. Dios es cumplidor de sus promesas y él tiene que ser Dios, ejercer su papel y hacer su voluntad. La violencia militar es sólo una consecuencia de la violencia que se ejecuta contra la voluntad de Dios. Ésta es una lección dura que tenemos que aprender todos los seres humanos. Esto es lo que la gente, que cuestiona la violencia de la conquista, no quiere observar, sino que lo pasa por alto. Tenemos que ver la toma de Canaán en términos de ley y gracia divinas.

Moisés: ¿Qué otras cosas destacadas hiciste en tu servicio a Dios?

Josué: Estoy agradecido de que Dios me haya escogido para servirle. Durante el resto de mi vida, después de tu muerte, Moisés, Dios me usó para ejecutar su voluntad. Me hizo figura central humana en la ejecución de su promesa a los patriarcas y sus descendientes. La historia de mi servicio a Dios es en realidad la historia del cumplimiento de aquella promesa (21.43-45), la

cual dio lugar a la realización concreta de una gente que sería su nación, su pueblo escogido para hacer revelar su voluntad a todos los pueblos del mundo, y que esta nación era poseedora de un territorio que, como su propia existencia, milagrosamente Dios le había provisto. Estoy agradecido que Dios me haya usado para estar al frente de la repartición y distribución entre las tribus de Israel de aquel territorio. También estoy agradecido de que me haya escogido como tu sucesor, Moisés. Mi vida de 110 años (24.29) y mi servicio a Dios fue un privilegio.

Moisés: Así fue también con mi vida. Y así, de hecho, es con la vida de los verdaderos hijos suyos de hoy y de siempre.